



Vista de Los Alcores / AGA

Una visita a la comarca de Los Alcores

Antonio Gavira Albarrán. Sociedad Ecologista Alwadi-ira

En los últimos años ha comenzado a hablarse de la posibilidad de crear una Zona Patrimonial en la comarca de Los Alcores, acogándose a la Ley 14/2007, de 26 de noviembre, de Patrimonio Histórico de Andalucía. Pero, al menos, desde finales de la década de los ochenta, asociaciones ecologistas y de defensa del patrimonio han venido realizando actos dirigidos a la difusión y preservación de sus valores,¹ trabajo que ha pasado a ser colectivo tras la creación de la Plataforma en Defensa de Los Alcores.²

Los Alcores es una Comarca de más de 30 km. de longitud, situada al este de Sevilla, entre la Vega del Guadalquivir y la Campiña, que destaca del paisaje que la circunda como una cadena de lomas de pequeña elevación de dirección Noreste-Suroeste, teniendo sus cotas más altas en Carmona, donde alcanza los 250 msnm. La composición geológica de esta formación son calizas detríticas del terciario denominadas calcoarenitas, roca muy porosa que ha favorecido la existencia de un importante acuífero, aunque su compo-

sición varía hacia el sur mostrando una facies más arenosa. Presenta hacia el noroeste un perfil en cuesta y hacia el sureste su elemento más característico, el escarpe.

Lugar estratégico por sus características orográficas y ubicación, ha favorecido que el hombre recorriera estas tierras ya desde el Paleolítico, siendo lugar de asentamientos continuados desde el Calcolítico hasta nuestros días, por lo que dispone de un rico patrimonio arqueológico, arquitectónico, etnográfico y, a pesar del empeño que ponemos en destruirlo, natural.

Desde Gallegos, en Alcalá de Guadaíra, hasta la Loma del Galloso, ya en Carmona, se esparcen por el territorio cientos de yacimientos arqueológicos, edificaciones de todo orden: alcázar, castillos, palacios, casas nobiliarias, haciendas, cortijos, ranchos, lagares, huertas, iglesias, ermitas, molinos, estaciones de bombeo, puentes, abrevaderos, fuentes, norias, pozos, galerías..., con su larga relación de nombres, que no es necesario mencionar.

La existencia de un rico acuífero y la cercanía a un importante núcleo de población, Sevilla, condicionó su economía y su paisaje; buena parte de la industria se especializó en el abastecimiento a Sevilla, y así, es posible encontrar referencias de más de cuarenta molinos harineros en la comarca, y numerosos hornos de pan cuyo reparto se verá facilitado con la instala-

1. VV.AA.: *Informe Los Alcores*. Plataforma en Defensa de Los Alcores. 2009.

2. Sus componentes son las asociaciones Ben Basso, Amigos de la Historia Padre Flores, Cornisa de Los Alcores, Baetica Nostra, Ecologistas Solano, Ecologistas en Acción y Sociedad Ecologista Alwadi-ira.

ción de la línea de ferrocarril Sevilla-Carmona: el Tren de Los Panaderos. La importancia del agua la podemos rastrear hasta época romana cuando, desde las entrañas del alcor, mediante galerías, se comienza a extraer ésta para suministrarla a Sevilla, hecho que perdurará, al igual que el tren, hasta la segunda mitad del siglo XX.

Pero el patrimonio es mucho más, el Alcor se configura como un lugar de gran interés paisajístico y botánico, pues en él podemos encontrar una variada gama de formaciones vegetales: restos de bosques de ribera, dehesas, palmares y matorral mediterráneo, pinares, huertas y parques de nueva creación.

Para poder conocer una pequeña parte de este patrimonio, realizaremos un largo recorrido durante una intensa jornada.

Por los alrededores de la ciudad de Carmona

Amanece cuando inicio el camino en uno de los rincones más desconocidos de los Alcores, “Las Cuevas de La Batida”, situadas al norte de la población, entre las laderas de los Alcores y los faldones de la Alberquilla. Impresionan los grandes cortados, fruto del trabajo incesante del picapedrero, que no se detuvo en el exterior y, penetrando en las mismas entrañas de los alcores, dejó como resultado numerosas cuevas, algunas de tal extensión que se hace necesario el uso de linternas para su visita. He llegado al lugar por el cordel de Lora y, desde lo más alto, paseo la mirada por la soledad de la cantera. Realizo el descenso por un pedregoso camino que me lleva hasta su corazón, recorriendo las entradas de las cuevas sin atreverme a penetrar en ellas. En estos enormes paredones, compuestos por fósiles de millones de conchas de moluscos, es posible observar aún vestigios del trabajo de extracción de columnas y sillares, materia prima de esta histórica ciudad.

Rodeo el lugar y me dirijo hacia el puente de Los Cinco Ojos, o Los Cinco Puentes, para cruzar el arroyo de las Alberquillas, aunque éste viene prácticamente seco.

Comienzo la subida a la ciudad por los restos de una calzada romana,

desde donde observo el Parador y el Alcázar. Tras la pendiente llego a una pequeña carretera que continúa en ascenso hacia la puerta de Córdoba, una de las monumentales entradas de Carmona, pero yo voy a iniciar un pequeño descenso por ella y visitar la ermita de Nuestra Señora de Gracia, rodeada de jardines y un pequeño eucaliptal. En esta ermita, que tiene como leyenda de portada “MARIA GRATIA PLENA”, estuvo ubicada la imagen de la patrona de esta Ciudad.

Tras dejar el lugar llego a la nacional IV y la cruzo para, tomando la vereda de Fuentes de Andalucía, acercarme al abrevadero del Pilar Ancho, construido en el año de 1467, según reza una lápida conmemorativa de la última restauración. Este pilar, de unos veinte metros de largo y uno y medio de ancho, se encuentra en un descansadero de ganado, cumpliendo fielmente su función tras más de cinco siglos.

Vuelvo sobre mis pasos, cruzo la carretera y, tras un fuerte repecho, llego a la ermita de San Mateo, cuyo origen se remonta al siglo XIV. Un esfuerzo más y alcanzo la ciudad en el lugar donde estaría la antigua puerta de Morón. Rodeo la población por la calle de Extramuros y llego a la otra gran entrada de Carmona, la Puerta de Sevilla, que hoy día se encuentra apuntalada.

Me encuentro cerca de la antigua estación del Ferrocarril Sevilla-Carmona, denominada Carmona Baja, para distinguirla de la de Guadajoz, y hacia allí me dirijo, no sin antes pasear por la Alameda de Alfonso XIII y descansar un momento en uno de sus bancos de interesante azulejería.

Tomo la Ronda del Matadero, antiguo camino de la estación, para comenzar un agradable descenso hacia la campiña. A mi derecha voy dejando algunos corrales de ganado y tras éstos, el arroyo del Derramadero, cuyas pestilentes aguas cruzan el camino unos metros antes de alcanzar la Estación. En este lugar, al que llegaron trenes desde Sevilla hasta bien entrada la década de los sesenta, sólo permanecen erguidas unas tristes ruinas.



Las Cuevas de La Batida en Carmona. El molino de Los Arcos / AGA

Los Alcores, Paisajes Sobresalientes

Abandono el lugar con cierta pesadumbre incorporándome a la “Vía Verde del Alcor”, trazado del antiguo ferrocarril. Dirijo mis pasos hacia el oeste. Los Alcores se elevan a mi derecha y se alejan hasta perderse en el horizonte.

Cruzo la carretera de Arahal y al poco llego al arroyo de Brenes, tributario del río Corbones, que también baja cargado de suciedad. Pienso en realizar la subida hasta su nacimiento, pasar junto al Cortijo de La Bóveda, acercarme a otro de los grandes abrevaderos de Carmona, el de “Los Limones”, detenerme un instante junto a sus transparentes y frescas aguas donde aún, diariamente, calma la sed el ganado, volver a ver los restos de sus molinos harineros y entrar en Carmona y disfrutar de esta ciudad, pero continúo el trazado viario dejando atrás Los Alcores del Sevillano, coronado por el cerro de La Bruja, donde aparecen posibles enterramientos antropomorfos. Cruzo el arroyo de La Esparragosa, el de Carriquemada, paso junto a las ruinas del cortijo de Santa Marina y, tras dejar atrás el arroyo del Acebuchal, alcanzo el cortijo del mismo nombre, edificación dedicada al turismo rural, que se encuentra enclavada en la finca de Trigueros. Junto al Cortijo, un camino permite acercarse a él, disfrutar de la finca paseando entre acebuches,

alcanzar las cotas más altas del alcor y acercarnos al cerro del Acebuchal, importante yacimiento arqueológico, donde Jorge Bonsor descubrió magníficos ejemplares de vaso campaniforme.

Continúo mi camino viendo como, a pocos metros, una manada de toros pasta sin prisas, aún así acelero el paso pues la alambrada parece poco convincente para tan imponente animal.

Pronto sale a mi derecha la vereda del Judío, que traspone el alcor por un puerto natural, dejando a la izquierda la hacienda del Judío, en uno de los rincones más hermosos de la comarca. Desde aquí podemos divisar los alcores en todo su esplendor, el gran escarpe coronado de encinas, acebuches, lentiscos, espinos, bayón, palmas, retamas, esparragueras...; la vegetación derramándose por la ladera del cerro de La Atalaya y Trigueros. A nuestra izquierda, la campiña se extiende interminable, kilómetros de tierras fértiles cultivadas de trigo y girasol, por las que discurren el arroyo Salado y el río Guadaíra, a las que sólo ponen fin las sierras de Esparteros, Montellano, La Peñagua... y más allá otras sierras, San Juan, Líjar, El Tablón, con el Terril y el Peñón de Algámitas...

El Viso y Mairena, del Alcor

El Cortijo de Alcaudete, con aspecto de imponente hacienda, se adelanta hacia el camino, en el cruce con el cordel del Alcaudete. Me detengo un instante en este lugar donde hubo una estación. No quedan vestigios.

El cordel asciende hasta otro puerto natural, donde nace el arroyo del mismo nombre, arroyo cuyas aguas dieron vida a cuatro molinos construidos en el siglo XVIII: los de San Miguel, Santa Bárbara, San Nicolás y San Antonio. La Ermita de Santa María del Alcor se encuentra junto al molino de San Miguel, siendo lugar de romería de los Visueños.

Observo el entorno y un elemento del paisaje destaca sobre los demás, una elevación troncocónica denominada túmulo de La Motilla o Alcaudete.

Me dirijo hacia La Motilla. Llego hasta el molino más cercano, el de San Antonio, junto al cual se encuentra, semienterrado, un abrevadero sin agua. Tomo la Vereda de La Alunada y, campo a través, comienzo la subida por un terreno arado donde aprecio distintos restos cerámicos y líticos. Rodeo el cerro, formado por la acumulación de todo tipo de materiales, tierras, piedras, restos cerámicos..., y encuentro una senda que facilita el trabajo. En la cumbre veo una gran piedra, quizás un pilar, caída, y dos pozos que parecen haber sido silos.

He vuelto a la vereda de la Alunada que me permite ir a media altura, entre el alcor y la campiña, disfrutando del paisaje. Paso junto a unos chopos antes de llegar a un gran corral de cabras, las del Virola. Continúo el sendero flanqueado de pencones y chumberas en flor, hasta llegar al camino del Moscoso. Desciendo junto a una canalización de agua que me lleva primero a la fuente, dedicada a los mayores del pueblo del Viso del Alcor, y luego al abrevadero del Moscoso.

De vuelta a la vía cruzo el arroyo de la Alunada y me dirijo hacia el parque de la Muela, recorrido por un arroyo que nace junto al recinto ferial. A su izquierda sobresale el cerro de La Tablada, otro de los yacimientos destacados de los alcoves y vértice geodésico.

El trazado de la vía realiza un gran arco abrazando el cerro de La Ta-

blada. Un camino la cruza, se trata del cordel de Marchena. Lo tomo, pues permite acercarme a las ruinas de la ermita de Santa Lucía y seguir hacia Mairena del Alcor, para hacer una breve visita a su famosa fuente y abrevadero del Alconchel, cuyas aguas, como tantas otras fuentes de Los Alcores, provienen de galerías subterráneas. Desde aquí me dirijo por la calle de Las Minas hacia el castillo de Luna, edificio construido durante los siglos XIV y XV y que fue residencia de la familia Bonsor.

Cerca del castillo se encuentra el antiguo lavadero público, construido en el siglo XVII, aprovechando la atarjea del primer molino del arroyo de Los Molinos del Campo, el de La Latera. Me encamino hacia los siguientes molinos, el de La Tranca y el espectacular molino de Los Arcos. Me incorporo nuevamente a la vía, dejando el molino del Culebro para otro día.

Gandul y Marchenilla

La vía llanea, aunque a lo lejos veo como asciende suavemente. Cruzo el camino del Chorrillo y el cordel de La Camorra, que algo más adelante pasará a llamarse de Utrera, donde unas enormes casuarinas dan sombra al camino. Voy llegando al arroyo de Bencarrón cuando la Mesa de Gandul, adelantándose sobre la campiña, aparece ante mí. Pronto llego hasta la Casilla de Cañada Honda, la casilla del tren que dio nombre a uno de los dólmenes más monumentales de Gandul. No puedo evitarlo y, furtivamente, entro en la finca. Me acerco a la fuente que dicen romana, la que daba aguas al abrevadero de Cañada Honda y, desde aquí, me dirijo, por un camino bien marcado donde no falta el acebuche, el lentisco, el majuelo o el jazmín silvestre, hacia el cerro de El Toruño. Desde este bastión del Bronce final, tengo a mis pies tres mil años de historia sobre el que medra un olivar, y hacia el norte la necrópolis de Gandul, donde destacan el mausoleo romano, el dolmen del Vaquero, el de la Casilla, el del Término y los Túmulos de Bencarrón.

Vuelvo a la Casilla y enfilo el camino en dirección a la aldea de Gandul, enormes chumberas me acompañan. A la izquierda el palmar moteado de viejos alcornoques y a la derecha el antiguo campamento de Las Canteras,



Torre de El Gandul. El castillo de Marchenilla. Vista de la sierra de Montellano y castillo de Cote desde Cuesta Carretilla / AGA

con su gran eucaliptal donde es posible encontrar hasta cinco variedades de orquídeas.

Me detengo un momento en el cruce del cordel de Gandul. Una nueva casilla de tren aparece ante mí, la mejor conservada de todo el recorrido, y aún así no dejan de ser más que paredones.

Abandono la “Vía Verde del Alcor” definitivamente y, tomando el cordel, me dirijo hacia la aldea. Paso junto a un edificio que fue molino y posada, y en la que nuestro viajero romántico más conocido, Washington Irving, detuvo sus pasos un momento en su viaje hacia Granada. Recorro su calle principal dejando a la izquierda el edificio de la Cárcel y el antiguo cementerio y a la derecha la Iglesia de San Juan Evangelista, sobre cuya portada leo “DOMUS DEI FI PORTA COELI”. Continúo pensativo hacia los Llanos de Gandul, la omnipresente torre, el palacio protobarroco, y el agua, que desde las entrañas de la tierra ve la luz a través de galería, dando vida a sus jardines, a los lavaderos y a los molinos harineros, el de Arriba, el de En Medio y el de Abajo, a las huertas y a la exuberante vegetación del arroyo de La Madre de Gandul.

Doy la espalda al lugar en dirección al Camino Bajo de las Majadillas y, tras llegar a la carretera de Morón, me incorporo al cordel de Marchenilla.

Tras superar una buena cuesta, aparece el castillo de Marchenilla, o del Porrás, a cuyos pies nace un pequeño manantial. Desde la torre del homenaje se puede divisar las lejanas sierras al sur y lo más cercano, el arroyo de Marchenilla con sus molinos: Tragahierros, Pared Alta, Cañiveralejos, Pasadilla, Granadillo, Hornillo, San José y La Boca; y el río Guadaíra penetrando en el alcor, y el Rincón de Alcalá y el Cortijo de Maestre...

Bajo de la nube y continúo por el camino de Marchenilla cruzando el arroyo en la Pasadilla, donde nunca falta el poleo, el mastranto, la madre selva, el botón de oro o el lirio de agua. Poco a poco el camino me acerca a Santa Lucía y Las Aceñas, lugar de nacimiento de los famosos Caños de Carmona. Junto al malogrado molino de Cajul veo manar un potente chorro de agua que desaparece con un pequeño salto en el Guadaíra. Me acerco al azud del molino de Las Aceñas. La torre se eleva hacia el cielo. El Guadaíra parece un gran río. Las aguas continúan su viaje saludando a un rosario de callados molinos: Benarosa, San Juan, Algarrobo, Arrabal, Realaje, Pelay Correa..., hasta unirse al Guadalquivir.

Despedida a Los Alcores

Cruzo las Aceñas y tomo un sombrío sendero, denominado de Los Molinos, que me lleva hacia el Rincón de Alcalá y luego, tras una pequeña pendiente, prosigo entre la hacienda de Oromana y cortijo de Olivera, hasta alcanzar el camino de Maestre. El camino me conduce rápidamente al cortijo del mismo nombre, descendiendo luego hacia el Guadairilla. Podría bajar y volver a disfrutar de uno de los bosques de Galería mejor conservados de toda la campiña: olmos, álamos, fresnos, sauces, majuelos, rosales silvestres, zarzaparrillas..., son el refugio ideal de numerosas aves, incluida la oropéndola, y mamíferos como la esquiva nutria. Pero decido saciar la sed en la fuente de su entrada y tomar el camino que nace a las puertas del cortijo: “camino privado”, anuncia un cartel. El Sol comienza a declinar cuando llego al camino de Cuesta de Carretilla, lo tomo, y lentamente me dirijo hacia el borde del alcor, donde una pequeña mesa destaca sobre el entorno, hecho que no pasó desapercibido para otras culturas. Desde este lugar dirijo la mirada hacia el suroeste y sobrevuelo la hacienda de Zafra o San José de Buena Vista donde, hace ya dos siglos, Cecilia Böhl de Faber, Fernán Caballero, invitó a pasar unos días a Washington Irving³, y más allá, Benaborra, y la hacienda de Mateos Pablo, donde Felipe V y sus herederos pasearon sus reales figuras, y la dehesa de Gallegos y más allá Majada Alta, y Cortijena, y Gallegos y La Armada, y La Palma, donde sus piedras aún recuerdan a Fernán Caballero, y más allá Rosalejos y Marchamorón, donde el alcor deja de serlo para fundirse en la campiña.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

AMORES CARREDANO, Fernando: «Carta arqueológica de los Alcores (Sevilla), Sevilla. 1982.

LAZARICH GONZÁLEZ, María y otros: El Yacimiento de “El Acebuchal” (Carmona, Sevilla): Un análisis de las estructuras Calcolíticas a través de los escritos inéditos de J. Bonsor e historiografía.. 1995.

LÓPEZ PÉREZ, Francisco: Gandul en el Horizonte. Padilla Libros Editores & Libreros, 2004.

VV.AA.: “Cortijos, Haciendas y Lagares. Provincia de Sevilla”. Arquitectura de las grandes explotaciones agrarias en Andalucía. Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio. Dirección General de Vivienda y Arquitectura. 2009.

3. TRAZEGNIES GRANDA, Leopoldo de: “*La Hacienda de Cecilia*”. Los Alcores. Crónicas Visueñas. Ediciones Grafein. Barcelona 2009.